

*Cuatro casos de Damián Cubero*

Fernando de Villena

EDICIONES EVOHÉ: MADRID, 2023

340 PÁGS.

## Aventura versus rutina

Por Miguel Arnas Coronado

«Si yo supiera contaros una buena historia, os la contaría. Como no sé, voy a hablaros de las mejores historias que me han contado», escribe Fernando Savater en *La infancia recuperada*. Contar, narrar, relatar, entretener, divertir. La rutina le sienta bien al orangután; a muchos humanos les sienta como un tiro, al menos de vez en cuando. Pocos pueden permitirse el lujo de salirse de ella. Pocos se dedican al tráfico de armas, a espiar secretos de Estado, a viajar por países exóticos como quien da un paseo sin rumbo por su conocidísima ciudad.

La rutina obligada puede ser rota de forma virtual, como se dice hoy. La narrativa de aventuras tiene esa función. La estamos sustituyendo por el cine, las series o los videojuegos. Un error. La literatura tiene como compañera a la imaginación, y esta es la gran terapia contra la rutina. Fernando de Villena ha escrito un libro que contiene ese fármaco. Lo dice en la portada: «Novela de aventuras». Nos saca nuestra parte infantil o adolescente. Nos recuerda a Salgari, Verne o Stevenson.

Damián Cubero es un anticuario que, impulsado por el comandante venezolano Mendoza, se ve metido en aventuras de semiespionaje. Es un James Bond de pacotilla, un Smiley de pega, lo que no impide que sus correrías sean tan divertidas como las de los nombrados. De hecho, de los cuatro episodios, dos triunfan y dos fracasan, o fracasan a medias. Su doble nacionalidad, española, pues aquí nació, y venezolana, le facilita la tarea. Y son cuatro esas misiones, en la primera de las cuales conoce a Eva y a Lilith: dos mujeres: una será su Sancho Panza; la otra, su Moriarty. Una será su compañera, protectora y la sensatez personificada; la otra, su enemiga, la seductora que ofrece la manzana siempre a cambio de algo.

El personaje del comandante Mendoza también es un seductor, alguien que ofrece con arterias la salida de



la rutina, la aventura al servicio de un Gobierno, de un país con unos intereses evidentes. La evolución de Cubero es chocante: empieza en una curiosidad por saber cómo puede ser ese mundo de la persecución de malhechores que han dañado al Estado, más la inyección de adrenalina que da el peligro, aunque al principio nunca lo ve y para eso está su Eva, la india Tabita. Y acaba en una resistencia a salir de la monotonía de su tienda de antigüedades que le da escaso beneficio. Hay, pues, también un interés económico: el Gobierno venezolano paga poco, pero paga algo, y los gastos de viaje y pesquisa corren, por supuesto, de su cuenta. Un tesoro de una civilización antigua robado; las esmeraldas en las que ha convertido su capital un narcotraficante que colaboraba con el Gobierno; los secretos de Estado posiblemente arrancados en tortura a un militar por unos servicios secretos enemigos; un libro enigmático del marqués de Villena que puede conceder el poder omnímodo a quien lo obtenga, lea y aplique sus enseñanzas, y cuya posesión se disputan potencias internacionales. Dos éxitos y dos fracasos relativos. Todo narrado con un lenguaje rico, preciso y nada infantil pero sí aventurero.

«... llamo historia a esos temas que gustan a los niños: el mar, las peripicias de la caza, las respuestas de astucia o energía que suscita el peligro, el arrojo físico...» y sigue enumerando virtudes el ya citado Savater. Pues bien: Fernando de Villena las utiliza todas en este libro donde, además, se entretiene en bellísimas descripciones (en las que no tropieza la lectura) de las ciudades y lugares que Cubero se ve obligado a visitar. Un texto que ofrece un entretenimiento asegurado.